

vimiento retrógrado, dando frente al enemigo siempre que muy de cerca la hortigaba, y obligando siempre á la innumerable masa de sus contrarios á retroceder ante su estandarte. Mas al llegar á las puertas de la ciudad, el afán de cada cual en ser el primero á entrar por ellas, introdujo inevitablemente cierto desórden en las filas francesas; y Juana, comprendiendo que si no les daba tiempo á sus soldados para rehacerse, la mitad de ellos parecerian ahogados en las puertas mismas, y la otra mitad por los Ingleses arrojados de lo alto del puente á lo profundo del foso, volvióse, otra vez mas — y fué la tercera — para cargar al enemigo, que retrocedió como las otras. Siguióle el alcance la heroína al frente de un centenar de hombres, poco mas ó menos, que componian la retaguardia de su hueste: pero cuando quiso volverse á la plaza hallóse con que los Ingleses la habian cortado el paso interponiéndose entre su persona y las fortificaciones.

Proporcionando entonces el esfuerzo á la gravedad del peligro, desenvainó la Doncella su tizona por vez primera en la jornada, y cargando desesperadamente á los contrarios, hizolos abrirle paso mal de su grado. ¡Tanto pudo el corage de los mas arrestados de la pequeña tropa, por su valerosa capitana dirigido! Llegó en efecto la Doncella con los suyos á tocar los muros de Compiègne, y á llamar á sus puertas: mas sus clamores allí fueron vanos y nadie acudió á levantar al rastrillo. Reducida á la triste necesidad de combatir otra vez en campo abierto, pronuncióse la heroína en retirada, dirigiendo su marcha por entre la plaza y el inmediato rio, con el fin de lanzarse á lo interior del país, ó de penetrar en Compiègne por cualquiera otra puerta si se la abrian. Al verla, empero, abandonada y sin mas fuerza que la ya mermada de un excaso centenar de soldados, recobrando el ánimo hasta los mas cobardes de sus enemigos, cayeron sobre ella por vanguardia, retaguardia y flancos, rodeándola por completo, y obligándola en consecuencia á suspender la marcha para defender la vida. Larga y terrible fué la desesperada lucha; Pothon, el de Borgoña, hizo prodigios de valor, y Juana mas que milagros, hasta que, en fin, un arquero, natural de Picardía, que por entre los piés de los caballos habia logrado impunemente acercársele, asió la sobrevesta de terciopelo, y tiró de ella con tal violencia que desarzonando á la heroína hizola caer en tierra. La gloriosa virgen, sin embargo, apenas caída, le-

vantóse y tornó á combatir con nuevo ardimiento hasta que agotadas sus fuerzas, aunque entero su corazon, cayó de nuevo sobre las rodillas y casi exánime. Tendió entonces en derredor la vista, y advirtiendo que cada uno de los valientes que la seguian, aun viviente, luchaba solo en su propia defensa, convencióse á un tiempo de que no tenia ya que esperar socorro humano, y de que era en fin sonada la hora fatal que las misteriosas celestes voces le tenian predicha.

Rindióse por tanto entregando su espada al caballero *Lionel*, bastardo de Vendome, que hubo de parecerle la persona de mas cuenta entre los enemigos que la rodeaban.

Oyóse entonces un inmenso grito que partiendo del campo borgoñon, resonó pronto en los ámbitos de la Francia entera:

— Juana, la doncella de Orleans, esta prisionera!

Aconteció aquella catástrofe el 28 de Mayo de 1430.

Presa y entregada á los Ingleses, claro estaba que la cuestion se reducía á encontrar una forma legal para asesinar á la desdichada criatura; y, en efecto, comenzóse el proceso el 9 de Enero de 1431, y el 31 de Mayo siguiente fué condenada al fuego.

Llegado el día, á un tiempo se notificó á Juana tan atroz sentencia, y que inmediatamente iba á ponerse en ejecucion. ¿Qué mucho que, por un momento, flaquease aquel gran corazon! ¿Quién osará censurarla implacable que al verse súbito inicuaente condenada á tan cruel suplicio, descompusiérase como nunca, y mesándose los cabellos, prorumpiera en sollozos y amargas quejas!

— ¡Ay mé, cuitada! (exclamó en efecto). ¿Será verdad que tan cruelmente se me trata, que mi cuerpo entero y desnudo, mi cuerpo inmaculado ha de ser hoy mismo por las llamas abrasado y á cenizas reducido? — ¡Ay! ¡Ay de mí! — Mas quisiera ser siete veces decapitada que perecer así en una hoguera! — ¡Oh! Yo apelo al Juez Supremo, á Dios Omnipotente, de la cruel injusticia con que los hombres me tratan!!

Mas, una vez así desahogado el justo exceso de su dolor, volviendo Juana en sí, confesóse y pidió que se le administrara el Sacramento de la Eucaristía.

Comenzaron sus verdugos por rehusarle la Comunion, y no sin lógica, puesto que para llevarla á la hoguera alegaban contra ella en su sentencia,

los crímenes de hechichería, doctrinas cismáticas, é idólatras prácticas : pero el Obispo, mas caritativo que como juez se mostrara, ó menos escrupuloso que como prelado debiera, dijo que *bien podia administrársele el Sacramento, y cuanto pidiera*; y en efecto comulgó la víctima.

Al retirarse del altar, viendo Juana, entre otras personas en su prision presentes, al Obispo Cauchon, que era quien la habia sentenciado, no pudo menos de exclamar :

— Ah, Señor Obispo, Señor Obispo! ¿Conque sois vos quien me mata?

Y luego tornándose á Fray Pedro, uno de los religiosos que la habian á bien morir exhortado, interpelóle así.

— ¡ Ah Fray Pedro! ¿ Adónde estaré yo esta tarde?

— ¿ No teneis confianza en Dios? repuso el predicador.

— Sí á fe, repuso la sentenciada; y con el favorde la Providencia espero verme esta tarde en el paraiso.

En esto avisaron á Juana de que la *carreta* que habia de conducirla al suplicio, la estaba esperando.

Acababan de dar las nueve de la mañana, y sin que se lo dijieran sabia Juana que la fatal carreta era venida, puesto que de ella la habian avisado el ronco sonar de sus ruedas, y el lento inmenso murmullo de la muchedumbre que á la prision subia continuo y profundo como el sordo bramido del Océano en el movimiento de sus mareas.

Estaba, por tanto, ya de pié cuando en el calabozo entraron los ministros de aquel inicuo sacrificio : dos de ellos la desembarazaron de las cadenas que su cuerpo aprisionaban; otros dos la presentaron un traje femenino de que ella fué, humilde y modesta, á vestirse en el mas oscuro rincon de aquel recinto.

Mudado el traje atáronle las manos, y pusiéronle en las piernas sendas argollas de hierro, ambas á una misma cadena unidas.

En la carreta sentáronse á sus dos lados de una parte su confesor Fray Martir l'Advenu, y de otra un hugier ó alguacil de cámara llamada Mas-sieu. Un religioso Agustino, el hermano Isambert, que se habia mostrado con ella muy bueno y caritativo, no quiso tampoco abandonarla en aquel duro trance.

Juana habia siempre hasta entonces fundado mas ó menos esperanzas de salvacion, ya en algun esfuerzo del Rey en su favor, ya en la posibilidad de un milagro obrado por sus Santos patronos : pero una vez en la carreta, no hallando ya medio de ocultarse á sí propia que cielo y tierra la abandonaban, dijóse ir al llanto y á los lamentos, aunque sin acusar á nadie, y diciéndose solamente, con su nativa dulzura :

— ¡ Oh Ruan, oh Ruan! — ¡ Conque en tus muros voy á morir!

En la plaza vieja del Mercado (*place du vieux marché*) lugar para la catástrofe final de aquella gran tragedia elegido, levantáronse tres grandes cadalsos : sobre el primero ostentábase la regia silla episcopal del Cardenal de Inglaterra, rodeada de otras de menor importancia para los demás Prelados sus inferiores; el segundo dispuesto para que lo ocupasen el predicador, los Jueces y el Bailio; el tercero en fin era el brasero.

¡ Y qué brasero! Una elevadísima pirámide de leña, para que el suplicio de la víctima se prolongara con todo el tiempo á las llamas necesario para llegar desde la base á la cúspide de la hoguera; para que el verdugo mismo solo á las capas inferiores alcanzase, no fuera que, apiadándose de la paciente, abreviara sus padecimientos ahogándola como estaba en costumbre hacerlo; para que, en fin, la pobre mártir fuese realmente quemada á fuego lento, poco á poco, á fuerza de tiempo, pues de ese modo, quizá lo intolerable del dolor, y la esperanza de algun alivio en el horror de su muerte, la decidieran á renegar de su Dios, ó maldecir á su Rey!!!

Con la llegada de Juana á la plaza del mercado, comenzó la ceremonia por un sermón cuyo texto fué el siguiente : « Cuando un miembro de a Iglesia está enfermo toda la Iglesia padece; » de donde lógicamente se inferia que siendo la pobre Juana de Arc, causa de los padecimientos de la Iglesia, el medio mas sencillo de que esta sanase era quemar viva á aquella.

Al terminar su plática dijo el predicador :

— Id en paz Juana!

Lo cual queria decir :

— Juana, subid á la hoguera!

Entonces el Obispo de Beauvais que era quien la habia juzgado y sentenciado, quien la *mataba*, en una palabra, púsose á exhortarla á que de su alma se ocupara, y recordando todos sus pecados, contritamente se

arrepintiera de ellos: pero ya Juana, sin escucharle, estaba de hinojos invocando con piadoso fervor á la Virgen Santísima, al Arcángel San Miguel, y á las bienaventuradas Santa Catalina y Santa Margarita; perdonando á todo el mundo; pidiendo á su vez perdon á todos; y pidiendo en fin al pueblo que rogase á Dios por su alma.

Todo eso lo hacia y decia la pobre mártir con tanta dulzura y tan tierna devocion; tal y tan honda impresion produjo en los circunstantes todos que, sin ser poderosos á evitarlo, el Obispo de Beauvais mismo dejóse ir al llanto, prorumpió en sollozos el de Boulogne, y los Ingleses mismos pusieronse á llorar como todos los presentes.

Abandonaba de todos, sin esperanza ya de socorro humano, refugiósese Juana en Dios, y pidió una cruz para morir con ella abrazada. Un soldado inglés formando aunque groseramente, con dos leños que el acaso le deparara, el signo de nuestra redencion, pasósele á la mártir, que agradecida besóla, y apoyósele después contra el pecho. Mas como lo que en realidad Juana deseaba era una Cruz por la Iglesia consagrada, el Agustino Isambert y el hugier Massieu no sequegaron hasta conseguir que le llevasen en efecto la de la parroquia del Salvador.

No faltaba, entre tantos, quien en vez de enter necerse se impacientara con tales contemplaciones: murmuraban los soldados, y sus capitanes comenzaron á clamar:

— ¡Vamos, curas! Acabemos, verdugo! ¿os habeis propuesto que comamos aquí?

Ante consideracion tan importante, ¿qué arbitrio quedaba mas que el de proceder al suplicio ya sin demora? — Apoderáronse los esbirros de la víctima, y poniéndole en la cabeza una *coroza* donde se leian estas palabras: *Hereje, Relapsa, Apóstata, Idólatra*; arrastráronla hasta el pié del suplicio, donde se la arrojaron en los brazos al verdugo, diciéndole:

— Haz tu oficio.

Cuando desde lo alto de la funesta pira vió Juana á sus piés una apiñada muchedumbre, y en torno tendiéndose la ciudad que desde todas sus venturas tenia en ella fijos los ojos, no pudo menos de exclamar, aunque no en son de amenaza:

— ¡Oh Ruan! ¡Oh Ruan! Mucho temo que caiga sobre tí mi muerte!

Atóla el verdugo á la estaca en la hoguera clavada, y en seguida púsole fuego por la base: la víctima entonces exclamó:

— Vosotros cuantos me estais mirando y creéis en Dios: orad por mí! Voces diversas salieron del pueblo respondiéndole.

— Animo, Juana; valor, que Dios te ayudará!

Y ella repuso:

— ¡Gracias, buenas gentes, gracias!

Diciendo así hirió su vista por primera vez la llama; y como todavía estuviera el confesor á su lado, díjole con entereza:

— En nombre de Dios, padre mio, mirad por vos; el fuego va á prender en vuestros hábitos; bajad pues, pero mostradme siempre el crucifijo.

Como impulsado por la justiciera mano de Dios, levantóse en aquel momento de su silla el Obispo de Beauvais, para llegarse hasta el pié del brasero; y viéndole Juana:

— Obispo, le dijo; por vuestra culpa muero.

Al sentir la primer mordedura de las llamas que, creciendo subian siempre, clamó la víctima:

— ¡Agua bendita! ¡Agua bendita.

Envolvióla un instante el humo; mas disipándose luego dejó ver á la heroína en medio de las llamas, clavados los ojos en el cielo y el santo nombre de Dios invocando.

Oyósele, en fin, por vez postrera, pronunciar distintamente el dulce nombre de Jesús, prorumpió luego en un grito desgarrador de agonía, y selláronse para siempre sus labios.

El Cristo de la Nacionalidad Francesa, acababa de proferir su *Eli, eli, tamma sabachtani!!*

Temeroso el Cardenal de Inglaterra de que, si alguna reliquia quedaba de Juana, se obrasen por ella milagros, dispuso que el mismo día de su atroz suplicio, se le entregase á él el corazón de la víctima, que se halló entero y lleno de sangre á pesar del aceite, del azufre y del carbon que sobre el pecho le habia aplicado el verdugo á la Doncella; y que las cen-

zas de su cuerpo con las del brasero confundidas se arrojasen desde lo alto del puente de Ruan al rio Sena, á fin de que este las llevara á perderse en la inmensidad del Océano.

Sucedió lo que de referir acabamos, como dicho queda, el trigésimo dia del mes de Mayo del año del Señor de 1431.

ALEJANDRO DUMAS.



BIBLIOTECA HISTORICA
CAPITULO ALFONSO